EL CAÑADON TODO ORO

Jack London



Editado por

© 2002 – Copyright http://www.librodot.com
Todos los Derechos Reservados

Era el corazón verde del desfiladero, donde las paredes giraban para apartarse del plano rígido, y atenuaban su severidad de líneas, formando un rinconcito abrigado y llenándolo hasta el borde de dulzura y redondez y suavidad. Allí todas las cosas descansaban. Hasta el estrecho arroyo interrumpía su turbulento descenso para formar un tranquilo estanque. Hundido hasta las rodillas en el agua, con la cabeza caída y los ojos entrecerrados, dormitaba un gamo de ramosa cornamenta, de piel rojiza.

A un costado, al borde mismo del estanque, comenzaba un minúsculo prado, una fresca y elástica superficie de verde que se extendía hasta la base del ceñudo muro. Más allá del estanque subía una suave cuesta de tierra, para encontrarse con la pared contraria.

Finas hierbas cubrían la cuesta; hierbas salpicadas de flores, con manchones de color aquí y allá, anaranjado, púrpura y dorado. Abajo, la garganta quedaba cerrada. No había panorama. Las paredes se inclinaban, una hacia la otra, bruscamente, y el desfiladero terminaba en un caos de peñascos, cubiertos de musgo y ocultos por una cortina verde de enredaderas y trepadoras, y ramas de árboles. Arriba se erguían colinas y picos distantes, los grandes pies de las montañas, cubiertas de pinos y remotas. Y mucho más allá, como nubes en el borde del cielo, minaretes coronados de torres blancas, donde las nieves eternas de las sierras reflejaban, austeras, las llamas del sol.

No había polvo en el cañadón. Las hojas y flores eran límpidas y virginales. Las hierbas eran terciopelo verde. Sobre el estanque, tres chopos de Virginia hacían aletear sus níveos copos en el aire tranquilo. En la cuesta, los capullos de los manzanos silvestres de madera color de vino, llenaban el aire de fragancias primaverales, en tanto que las hojas, sabias de experiencia, iniciaban ya su giro vertical, en preparación para la inminente aridez del verano. En los espacios abiertos de la ladera, más allá de las últimas sombras de los manzanos, se posaban los lirios mariposas, como otros tantos vuelos de polillas enjoyadas, detenidas de súbito y al borde de un nuevo y tembloroso vuelo. Aquí y allá el arlequín de los bosques, el madroño, que permitía que se lo viese en el acto de cambiar su tronco de color verde guisante al rojo de granza, volcaba su aroma en el aire, desde grandes racimos de campanillas cerúleas. Las campanillas eran de un blanco cremoso, con forma de lirios del valle y la dulzura del perfume que pertenece a la primavera.

No había ni un soplo de viento. El aire se adormecía con el peso de su fragancia. Era una dulzura que habría resultado empalagosa si el aire hubiese sido pesado y húmedo. Pero el aire era mordiente y tenue. Era como luz de estrellas convertida en atmósfera, taladrada y entibiada por el sol, y empapada por la dulzura de las flores.

De vez en cuando una mariposa entraba y salía por las manchas de luz y sombra. Y en todas partes se elevaba el bajo y soñoliento zumbido de las abejas, orgiásticas sibaritas que se empujaban unas a otras, bonachonas, en la entrada de las colmenas, sin tiempo para rudas descortesías. Tan en silencio se abría paso el arroyuelo, en chorros y ondulaciones, a través de la garganta, que sólo hablaba en leves y ocasionales gorgoteos. La voz de la corriente era como un adormilado susurro, siempre interrumpido por siestecitas y silencios, siempre vuelto a elevar en los despertares.

El movimiento de todas las cosas era un desplazamiento en el corazón del desfiladero. El sol y las mariposas se desplazaban por entre los árboles. El zumbido de las abejas y el murmullo del arroyo era un desplazamiento de sonidos. Y el sonido y el color que se desplazaban parecían entretejerse para fabricar una tela delicada e intangible que era el espíritu del lugar. Era un espíritu de paz; no de muerte, sino de vida de suave pulsación, de quietud que no era silencio, de movimiento que no era acción, de reposo henchido de existencia, sin ser violento en lucha y trabajos. El espíritu del lugar era el de la paz de la vida, soñoliento de satisfacción y contento de prosperidad, y no perturbado por rumores de guerras lejanas.

El gamo de roja piel y ramosa cornamenta reconocía el señorío del espíritu del lugar, y dormitaba, hundido hasta las rodillas en el fresco estanque umbrío. Parecía no haber moscas que lo molestaran, y el reposo lo volvía lánguido. A veces se le movían las orejas cuando el arroyo despertaba y murmuraba, pero se movían con pereza, con el conocimiento previo de que sólo se trataba del arroyo que se había vuelto gárrulo ante el descubrimiento de que acababa de dormirse.

Pero llegó un momento en que las orejas del gamo se levantaron y se pusieron en tensión con veloz ansiedad, para captar ruidos. Tenía la cabeza vuelta hacia el cañadón. Sus fosas nasales sensibles, estremecidas, husmearon el aire. Sus ojos no podían atravesar la pantalla verde al otro lado de la cual la corriente se alejaba ondulante, pero a sus oídos llegó la voz de un hombre. Era una voz firme, monótona, cantarina. Una vez el gamo oyó el áspero tañido del metal contra la roca. Ante el ruido, bufó con un repentino sobresalto que lo lanzó a través del aire, del agua al prado, y sus patas se hundieron en el fresco terciopelo, en tanto que volvía a aguzar las orejas y husmeaba de nuevo el aire. Luego se escurrió por el diminuto prado, deteniéndose de vez en cuando a escuchar, y desapareció del desfiladero como un duende, con pisadas suaves y mudas.

Comenzó a escucharse el repiquetear de botas con suelas de acero, que chocaban contra las rocas, y la voz del hombre creció en volumen. Se elevaba en una especie de canto, y se aclaró al acercarse, de modo que fue posible escuchar las palabras

Vuélvete y vuelve el rostro
sal de las dulces colinas de gracia.
(¡Reniega de los poderes del pecado!)
Mira en torno y en derredor,
deja en el suelo tus pecados.
(¡Por la mañana hallarás al Señor!)

Un ruido de pisadas confusas acompañaba la canción, y el espíritu del lugar huyó tras las huellas del gamo de piel rojiza. La cortina verde se apartó de golpe, y un hombre atisbó el prado y el estanque y la empinada ladera. Era un hombre de movimientos deliberados. Abarcó la escena con una sola mirada, y después recorrió con los ojos los detalles, para verificar la impresión general. Luego, y sólo entonces, abrió la boca en vívida y solemne aprobación.

-¡Humo de la vida y serpientes del purgatorio! ¡Miren eso! ¡Madera y agua y hierbas y una ladera! ¡El placer de un cazador y el paraíso de un pony indio! ¡Verde fresco para ojos fatigados! No hay aquí píldoras rosadas para gente pálida. ¡Un prado secreto para cateadores y un lugar de descanso para burros fatigados, maldición!

Era un hombre de tez color de arena, en cuyo rostro la jovialidad y el buen humor parecían ser las características salientes. Era un rostro móvil, cambiante según el estado de ánimo y el pensamiento. El pensar era en él un proceso visible. Las ideas se perseguían por su semblante como el viento riza la superficie de un lago. Su cabello, ralo y descuidado, era tan indeterminado e incoloro como su tez. Parecería que todo el color de su cuerpo se había concentrado en sus ojos, pues eran de un azul asombroso. Además, eran ojos rientes y alegres, con mucho de la ingenuidad y asombro de un niño; y sin embargo, en forma poco afirmativa, contenían mucho de la serena seguridad y la energía de objetivos que se encuentran en la experiencia respecto de uno mismo y respecto del mundo.

De afuera de la cortina de enredaderas y trepadoras arrojó delante de él un pico y una pala de minero, y un cedazo de oro. Luego se arrastró al descubierto. Iba vestido con un overol descolorido y una camisa negra, de algodón, con zapatones claveteados en los pies, y en la cabeza un sombrero cuya deformidad y manchas denunciaban el rudo castigo del viento y la lluvia y el sol y el humo de campamentos. Se mantenía erguido, veía con los ojos muy abiertos el secreto de la escena e inhalaba con sensualidad el tibio y dulce aliento del jardín del cañadón, a través de fosas nasales dilatadas y temblorosas de placer. Los ojos se le entrecerraron hasta convertirse en rientes hendiduras azules, el rostro se le arrugó de alborozo y la boca se le curvó en una sonrisa, mientras exclamaba:

-¡Peludos dientes de león y felices malvarrosas, qué bien me huele eso! ¡Que me hablen de la esencia de rosas y de las fábricas de agua de colonia! ¡Ni comparación!

Tenía la costumbre del soliloquio. Sus expresiones faciales rápidamente cambiantes podían hablar de todos los pensamientos y estados de ánimo, pero la lengua, por lógica, los seguía de cerca, y repetía, como un segundo Boswell.

El hombre se echó al borde del estanque y bebió su agua con tragos largos y profundos.

-Tiene buen sabor para mí -murmuró; levantó la cabeza y miró a través del estanque, hacia la ladera, mientras se enjugaba la boca con el dorso de la mano. La ladera le llamó la atención. Aún echado de bruces, estudió, prolongada y cuidadosamente, la formación de la colina. Era una mirada experta la que recorrió la cuesta hasta la desmigajada pared del desfiladero y vuelta, y otra vez hacia abajo, hasta el borde del estanque. Se puso de pie y favoreció a la ladera con una segunda inspección.

-Me parece bueno -dijo, en conclusión, y recogió el pico, la pala y el cedazo de oro. Cruzó el arroyo, más abajo del estanque, saltando con agilidad de piedra en piedra. Donde la cuesta tocaba el agua cavó una palada de tierra y la depositó en el cedazo. Se acuclilló, lo sostuvo con las dos manos y lo sumergió en parte en el agua. Luego le impartió un diestro movimiento circular que hizo correr el agua por el polvo y la granza. Las partículas más grandes y las más ligeras subieron a la superficie, y por medio de un hábil movimiento del cedazo hacia abajo las derramó por sobre el borde. De vez en cuando, para apresurar las cosas, depositaba el cedazo y con los dedos rastrillaba los guijarros y trozos de piedra más grandes.

El contenido del cedazo disminuyó con rapidez, hasta que sólo quedó un polvo fino y los trozos más menudos de granza. En esa etapa se puso a trabajar con movimientos muy deliberados y cuidadosos. Era el lavado fino, y lavaba cada vez más fino, con una aguda mirada escudriñadora y un toque minucioso. Por último el cedazo pareció quedar vacío de todo lo que no fuese agua; pero con un veloz movimiento circular, que hizo volar el agua por el borde, a la corriente, dejó al descubierto una capa de arena negra en el fondo. Tan delgada era la capa, que parecía una mancha de pintura. La examinó de cerca. En el centro de ella había un imperceptible punto dorado. Dejó caer un chorrito de agua por el borde del cedazo. Con un golpe rápido hizo correr el agua por el fondo, volviendo los granos de arena negra una y otra vez. Un segundo puntito dorado recompensó sus esfuerzos.

El lavado se había vuelto ya muy fino... más allá de toda necesidad de la minería común de placeres. Trabajó la arena negra, de a una pequeña porción por vez, llevándola hacia el borde bajo el cedazo. Examinó con detención cada porción, de modo que sus ojos veían cada uno de los granitos, antes de permitirle caer por el borde y desaparecer. Celoso, poco a poco, dejó que la arena negra fuese disipándose.

Un punto dorado no mayor que la punta de un alfiler apareció en el borde, y gracias a su manipulación del agua volvió al fondo del cedazo. Y de ese modo se reveló otro punto, y otro. Grandes fueron sus cuidados. Como un pastor, reunió su rebaño de puntos dorados, de modo que no se perdiese ninguno. Al cabo, del cedazo de tierra sólo quedaba su rebaño

dorado. Lo contó, y en seguida, después de todo su trabajo, lo hizo volar del cedazo con un último remolino de agua.

Pero los ojos azules le brillaban de deseo cuando se puso de pie.

-Siete -murmuró en voz alta, confirmando la suma de puntos por los cuales tanto había trabajado, y que arrojó con tanta negligencia. Siete -repitió, con el énfasis de quien trata de grabarse un número en la memoria.

Permaneció inmóvil durante largo rato, examinando la ladera. En sus ojos se leía una curiosidad, recién despierta y ardiente. Había un alborozo en su .porte, y una vivacidad como la de un animal que percibe el olor reciente de una presa.

Bajó unos pasos más allá, por el arroyo, y llenó de tierra el cedazo por segunda vez.

De nuevo el cuidadoso lavado, el celoso arreo del rebaño de oro, y la indiferencia con que lo hizo volar a la corriente, cuando terminó de contar.

-Cinco -murmuró, y repitió-: cinco.

No pudo evitar otro estudio de la colina antes de llenar el cedazo corriente abajo. Sus rebaños dorados disminuían. "Cuatro, tres, dos, dos, uno", eran las tabulaciones de su memoria mientras bajaba por la corriente. Cuando un solo puntito de oro recompensó su lavado, se detuvo y encendió un fuego de ramitas secas. Metió en él el cedazo y lo quemó hasta dejarlo azul-negro. Lo levantó y lo examinó con expresión crítica. Luego asintió, aprobatorio. Contra ese fondo de color, podía desafiar al más diminuto punto amarillo a que lo eludiese.

Volvió a bajar por el arroyo y tamizó de nuevo. Su recompensa fue un único punto de oro. Un tercer cedazo no contenía oro alguno. No satisfecho con eso, tamizó tres veces más, sacando sus paladas de tierra a unos treinta centímetros una de otra. Cada cedazo resultaba estar vacío de oro, y el hecho, en lugar de desalentarlo, pareció darle satisfacción.
Su júbilo crecía con cada lavado estéril, hasta que se incorporó y exclamó, alborozado

-¡Si no es lo que busco, que Dios me arranque la cabeza bombardeándome con manzanas agrias!

Regresó al lugar en que había iniciado las operaciones, y se dedico a tamizar corriente arriba. Al principio sus rebaños de oro crecieron, aumentaron en forma prodigiosa.

-Catorce, dieciocho, veintiuno, veinticinco -decían las tabulaciones de su memoria. Más arriba del estanque encontró su cedazo más rico: treinta y cinco colores.

-Casi bastante como para guardar -dijo con pena, mientras permitía que el agua los arrastrase. El sol trepó a lo alto del cielo. El hombre seguía trabajando. Cedazo tras cedazo, subía por la corriente, y el recuento de los resultados decrecía.

-Es hermosa, la forma en que disminuye -se alegró cuando una palada de tierra no mostró más que un punto dorado.

Y cuando no encontró ninguno en varios cedazos, se enderezó y miró a la colina confiadamente.

-¡Ah, ah, Señor Depósito! -exclamó, como dirigiéndose a un oyente oculto arriba, por debajo de la superficie de la ladera-. ¡Ajá, Señor Depósito, ya voy! ¡Ya voy, y con seguridad que te atraparé! ¿Me oyes, Señor Depósito? ¡Te voy a atrapar, como que las calabazas no son coliflores!

Se volvió y lanzó una mirada de medición hacia el sol clavado sobre él, en el azul del cielo sin nubes. Luego descendió por el cañadón, siguiendo la hilera de hoyos que había hecho con la pala. Cruzó el arroyo más abajo del estanque y desapareció detrás de la cortina verde. Hubo muy poca oportunidad para que el espíritu del lugar volviera con su quietud y reposo, pues la voz del hombre, elevada, en una canción en tiempo sincopado, seguía dominando el desfiladero con su posesión.

Al cabo de un rato regresó con mayor estrépito d pies calzados de acero. La cortina verde fue tremendamente agitada. Se movió de atrás hacia adelante, en los forcejeos de una

lucha. Hubo fuertes repiqueteos de metal. La voz del hombre se elevó hasta un timbre más agudo, henchida de un tono imperioso. Un cuerpo grande se lanzó hacia adelante y jadeó. Hubo, chasquidos, desgarrones y cosas arrancadas, y un caballo irrumpió a través de la cortina, en medio de una lluvia de hojas caídas. Sobre su lomo se veía un fardo, y de él caían enredaderas rotas y trepadoras cortadas. El animal contempló con ojos asombrados la escena a que se lo había precipitado, luego bajó la cabeza hasta las hierbas y se puso a pastar, satisfecho. Apareció un segundo caballo; resbaló una vez sobre las rocas cubiertas de musgo y recuperando equilibrio cuando los cascos se le hundieron en la blanca superficie del prado. Iba sin jinete, aunque en el lomo llevaba una silla mexicana, de altos pomos, cruzada de cicatrices y descolorida por el uso prolongado.

El hombre cerraba la marcha. Dejó caer fardo y silla, teniendo en cuenta la ubicación de su campamento. Sacó sus alimentos, la sartén y la cafetera. Recogió un brazado de leña seca, y con unas cuantas piedras construyó un lugar para su fuego.

-¡Caramba -dijo-, qué hambre tengo! Podría comerme limaduras de hierro y clavos de herradura, y muchas gracias, señora, por el segundo plato. Se irguió, y mientras buscaba fósforos en el bolsillo del overol, su mirada viajó del estanque a la caja de fósforos. Sus dedos habían atrapado la caja de fósforo pero la soltaron y la mano salió vacía. El hombre se tambaleó en forma perceptible. Miró sus preparativos de cocina y miró la colina.

-Me parece que le voy a dar un par de golpes más -dijo al cabo, disponiéndose a cruzar el arroyo-. Sé que no tiene sentido -masculló, con tono de disculpa-. Pero calculo que demorar la comida una hora no me hará ningún daño.

A poco menos de un metro de la primera línea de cedazos de prueba inició una segunda línea. El sol descendió en el cielo, al oeste, las sombras se alargaron, pero el hombre proseguía trabajando. Comenzó una tercera línea de prueba. Entrecruzaba la colina, línea tras línea, a medida que ascendía. El centro de cada línea producía los cedazos más ricos, en tanto que los extremos terminaban donde no aparecía color alguno en el tamiz. Y a medida que subía por la ladera, las líneas se volvían perceptiblemente más cortas. La regularidad con que disminuía su longitud servía para indicar que en algún punto de la cuesta la línea sería tan breve, que casi no tendría longitud, y que más allá sólo podría llegar a un punto. El dibujo se iba convirtiendo en una V invertida. Los lados convergentes de la V marcaban los límites de las arenas auríferas.

Resultaba evidente que el vértice de la V era la meta del hombre. A menudo recorría con la vista los lados convergentes y subía con ella por la colina, tratando de adivinar el vértice, el punto en que debía cesar la arena aurífera. Allí residía el "Señor Depósito", pues así se dirigía el hombre, de modo familiar, al punto imaginario de la ladera, encima de su cabeza, y gritaba

-¡Salga de ahí, Señor Depósito! Sea listo y amable, y baje. Está bien -agregaba más tarde, con voz resignada a la decisión-. Está bien, Señor Depósito. Me resulta claro que debo subir y arrancarlo de ahí. ¡Y lo haré! ¡Lo haré! -amenazaba más adelante.

Llevaba al agua, a lavar, cada uno le los cedazos, y a medida que subía éstos se hacía más ricos, hasta que empezó a guardar el oro enana lata de polvo de hornear vacía, que llevaba con negligencia en el bolsillo de la cadera. Tan absorbido se encontraba por su tarea, que no advirtió el lago ocaso de la noche que llegaba. Sólo cuando trató en vano de ver los colores dorados en el fondo del cedazo se dio cuenta del paso del tiempo. Se irguió de golpe. Una expresión de asombro y temor capricho se le extendió por el rostro cuando dijo con voz gangosa:

-¡Maldita sea mi suerte! ¡Me olvidé por completo del almuerzo!

Trastabilló a través del arroyo, en 'a oscuridad, y encendió su tan demorado fuego. Tortas fritas y tocino y fríjoles recalentados constituyeron su cena. Luego fumó una pipa junto a los carbones ardientes, escuchó los ruidos nocturnos y contempló la luz de la luna que

se derramaba a través del cañadón. Después de desenrollar su jergón, se quitó los zapatones y se subió las mantas hasta la barbilla. Su rostro se veía blanco bajo la luna, como la cara de un cadáver. Pero era un cadáver seguro de su resurrección, pues el hombre se incorporó de pronto sobre un codo y miró hacia la colina.

-Buenas noches, Señor Depósito -saludó, soñoliento-. Buenas noches.

Durmió hasta los primeros grises de la mañana, y después, hasta que los rayos directos del sol le hirieron los párpados cerrados, y entonces despertó con un sobresalto y miró en torno, hasta establecer la continuidad de su existencia e identificar su yo actual con los días antes vividos.

Para vestirse, no tuvo más que ceñirse las hebillas de los zapatos. Miró su fuego y su colina, vaciló, pero luchó contra la tentación y encendió el primero.

-Tranquilízate, Bill; tranquilízate -se censuró-. ¿De qué sirve precipitarse? Inútil acalorarse y sudar. El Señor Depósito te esperará. No se fugará antes que termines tu desayuno. Ahora bien, lo que necesitas, Bill, es algo fresco en tu minuta. De modo que corre por tu cuenta conseguirlo.

Cortó una vara de poca longitud al borde del agua y extrajo de uno de sus bolsillos un trozo de cordel y una maltrecha mosca que antes había sido un apetitoso cebo.

-Tal vez piquen por la mañana temprano -masculló mientras lanzaba la línea por primera vez al estanque. Y un momento después gritaba, jubiloso-: ¿Qué te decía, eh? ¿Qué te decía?

No tenía carrete, ni deseos de perder tiempo, y a pura fuerza, y a toda velocidad, extrajo del agua una relampagueante trucha de veinticinco centímetros. Tres más, pescadas en rápida sucesión, le proporcionaron el desayuno. Cuando llegó a los estriberones, camino de la ladera, lo asaltó un pensamiento repentino y se detuvo.

-Será mejor que camine un poco aguas abajo -dijo-. Nunca puede saberse qué canalla andará huroneando.

Pero cruzó sobre las piedras, y con un “en verdad tendría que hacer esa caminata” la necesidad de la precaución se le fue de la cabeza, y se dedicó a trabajar.

Por la noche se irguió. Tenía la cintura rígida por el esfuerzo de inclinarse, y cuando se llevó la mano a ella, para apaciguar los músculos que protestaban, dijo

-¿Y qué te parece eso, maldición? ¡Volví a olvidarme del almuerzo! Si no me cuido, me convertiré en un chiflado de dos comidas diarias. Los depósitos son las cosas más condenadas que he conocido para volverlo a uno distraído -declaró esa noche, mientras se introducía debajo de sus mantas. Y no olvidó de llamar a la colina-: ¡Buenas noches, Señor Depósito! ¡Buenas noches!

Se levantó con el sol e hizo un desayuno apresurado, y se puso a trabajar temprano. Parecía crecer en él una fiebre, y la creciente riqueza de sus cedazos de prueba no la mitigaba. Había en sus mejillas un rubor distinto del producido por el calor del sol, y se olvidaba de la fatiga y del correr del tiempo. Cuando llenaba de tierra el cedazo, corría colina abajo para lavarlo; y no podía contenerse de subir corriendo otra vez, jadeando y tropezando, a los juramentos, para llenar de nuevo el cedazo.

Ahora se encontraba a cien metros del agua, y la V invertida adquiría proporciones definidas. El ancho de la tierra que daba oro se reducía cada vez más, y el hombre extendía con la mente los lados de la V hasta el punto de su encuentro, en la parte superior de la colina. Esa era su meta, el vértice de la V, y tamizó muchas veces para localizarlo.

-Unos dos metros sobre esa mata de manzanos silvestres, y uno a la derecha -fue su conclusión.

Y entonces la tentación se apoderó de él.

-Tan claro como tu nariz -dijo al abandonar su laborioso entrecruzamiento y trepar al vértice indicado. Llenó un cedazo y lo llevó al arroyo para lavarlo. No contenía rastros de

oro. Cavó a fondo, y cavó en la superficie, llenó y lavó una docena de cedazos, y no recibió ni siquiera la recompensa del más minúsculo puntito de oro. Le encolerizó haber cedido a la tentación, y se maldijo, con enormes blasfemias y sin orgullo. Luego bajó la colina y reinició los entrecruzamientos.

-Lento y seguro, Bill; lento y seguro -canturreó-. Los atajos hacia la fortuna no son tu especialidad, y es hora de que lo sepas. Despierta, Bill; despierta. Lento y seguro es la única mano que puedes jugar; de modo que adelante, y sigue así.

A medida que los entrecruzamientos se reducían, y mostraban que los lados de la V convergían, la profundidad de ésta se acrecentaba. La veta de oro se introducía en la colina. Sólo a setenta y cinco centímetros por debajo de la superficie encontraba colores en su cedazo. La tierra que sacaba a setenta y a ochenta centímetros daba cedazos estériles. En la base de la V, al borde del agua, había encontrado los colores del oro en las raíces de las hierbas. Cuanto más subía, más profundo se hundía el oro. Cavar un hoyo de noventa centímetros para obtener un cedazo de prueba era una labor de no escasa magnitud, y entre el hombre y el vértice se interponía una cantidad incontable de tales hoyos que cavar.

-Y no se sabe cuánto más hondo se hundirá -suspiró en un momento de pausa, mientras sus dedos acariciaban su espalda dolorida.

Afiebrado de deseo, con la espalda quebrantada y los músculos endurecidos, con el pico y la pala perforando y revolviendo la blanda tierra parda, el hombre siguió trajinando colina arriba. Ante él se elevaba la suave ladera, tachonada de flores y endulzada por el aliento de éstas. Detrás de él se extendía la devastación. Parecía como si una terrible erupción hubiese estallado en la tersa piel de la loma. Sus lentos progresos eran como los de una babosa, que mancillaba la belleza con sus monstruosos rastros.

Aunque la veta de oro cada vez más honda aumentaba el trabajo del hombre, éste hallaba consuelo en la creciente riqueza de los cedazos. Veinte centavos, treinta, cincuenta, sesenta centavos, eran los valores del oro hallado en los cedazos, y por la noche lavó su cedazo benemérito, que le dio un dólar de polvo de oro con una palada de tierra.

-Apuesto a que mi suerte querrá que algún canalla curioso se meta aquí, en mi prado -murmuró, soñoliento, esa noche, mientras se subía las mantas hasta la barbilla.

De pronto se incorporó.

-¡Bill! -exclamó con sequedad-. Escúchame, Bill, ¿me oyes? Mañana por la mañana tienes que recorrer un poco todo esto, a ver qué encuentras. ¿Entiendes? ¡Mañana por la mañana, y no lo olvides!

Bostezó y miró hacia su ladera.

-Buenas noches, Señor Depósito -gritó.

Por la mañana le ganó por la mano al sol, pues había terminado su desayuno cuando lo sorprendieron los primeros rayos, y trepaba la pared del cañadón, que se desmigajaba y ofrecía puntos de apoyo para los pies. Por la visión que tuvo desde arriba, se encontraba en medio de la soledad. Hasta donde podía ver, cadena tras cadena de montañas se erguían en su campo de visión. Hacia el este, su vista, saltando por sobre los kilómetros que mediaban entre cordillera y cordillera, y entre muchas cordilleras, distinguió por fin los blancos picachos de las Sierras, la cresta principal, donde la columna vertebral del mundo de occidente se levantaba contra el cielo. Al norte y al sur veía con mayor claridad los sistemas cruzados que atravesaban la tendencia central del mar de montañas. Al oeste las cordilleras descendían, una detrás de la otra, disminuían y se disipaban en los suaves pies de las elevaciones, las que a su vez bajaban al gran valle que no alcanzaba a ver.

Y en todo ese poderoso empuje del paisaje no vio señales del hombre ni de sus obras, aparte del desgarrado pecho de la colina que tenía a sus pies. Miró largo rato, y con cuidado. Una vez, mucho más abajo de su propio desfiladero, le pareció ver en el aire una leve

insinuación de humo. Volvió a mirar y decidió que era la bruma purpúrea de las colinas, oscurecida por un recodo de la garganta, más atrás.

-¡Eh, Señor Depósito! -gritó hacia el cañadón-. ¡Prepárese! ¡Ahí voy, Señor Depósito! ¡Ahí voy!

Los pesados zapatones lo hacían parecer torpe, pero se precipitó de las vertiginosas alturas con la ligereza y airosidad de una cabra montañesa. Una roca, que se desplazó bajo sus pies al borde del precipicio, no lo desconcertó. Parecía conocer el tiempo exacto que hacía falta para que el desplazamiento se convirtiera en desastre, y entretanto utilizó el falso apoyo para el momentáneo contacto con la tierra, necesario para ponerlo a salvo. Donde la tierra se empinaba tanto que era imposible mantenerse erguido por un momento, el hombre no vaciló. Su pie oprimió la superficie imposible durante una fracción del segundo fatal, y le proporcionó el salto que lo impulsó hacia adelante. Más adelante, cuando no existía siquiera una fracción de segundo, lanzaba el cuerpo, aferrándose por un momento a un borde saliente de la roca, a una grieta o a una mata precariamente arraigada. Al cabo, con un salto y grito salvajes, cambió el frente del muro por un derrumbe de tierras, y terminó el descenso en medio de varias toneladas de tierra y cascajo que caían.

Su primer cedazo de la mañana le dio más de dos dólares de oro tosco. Era del centro de la V. A ambos lados, la disminución de los valores de los cedazos era veloz. Su línea de hoyos entrecruzados se acortaba cada vez más. Los lados convergentes de la V se encontraban a unos pocos metros de distancia el uno del otro, Su punto de encuentro se hallaba a escasos metros por encima de él. Pero la veta se hundía cada vez más en la tierra. En las primeras horas de la tarde hundía los hoyos de prueba a un metro y medio antes que los cedazos pudieran mostrar las motas de oro.

Por lo demás, el filón se había convertido en algo más que eso; era un placer en sí mismo, y el hombre resolvió volver después de haber hallado el depósito, y registrar el terreno. Pero la creciente riqueza de los cedazos comenzó a preocuparle. A finales de la tarde el valor de éstos había crecido a tres y cuatro dólares. El hombre se rascó la cabeza, perplejo, y miró un par de metros más arriba, el arbusto de manzano silvestre que señalaba más o menos el vértice de la V. Asintió y dijo, con tono de oráculo

-Una de dos, Bill; una de dos. O el Señor Depósito se derramó colina abajo, o el Señor Depósito es tan rico, que quizá no puedas llevártelo todo contigo. Y eso seria una maldición, ¿no? -Rió entre dientes ante la contemplación de un dilema tan agradable.

La noche lo encontró al borde del arroyo, luchando con la mirada contra la creciente oscuridad, dedicado al lavado de un cedazo de cinco dólares.

-Ojalá tuviese luz eléctrica para seguir trabajando -dijo.

Esa noche le resultó difícil dormirse. Muchas veces se acomodó y cerró los ojos para que el sueño lo venciera, pero la sangre latía con un deseo demasiado fuerte, y otras tantas veces abrió los ojos y murmuró, fatigado:

-Ojalá hubiese salido el sol.

Al cabo se durmió, pero abrió los ojos con el primer palidecimiento de las estrellas, y el gris del alba lo sorprendió con el desayuno terminado y trepando por la ladera en dirección de la morada secreta del Señor Depósito.

En el primer corte de través que hizo, sólo quedaba espacio para tres hoyos, tan angosto se había vuelto el filón y tan cerca se encontraba del centro del arroyo de oro que venía siguiendo desde hacía cuatro días.

-Con calma, Bill; con calma -se reprochó mientras cavaba para el agujero final, donde por último los lados de la V se habían reunido en un punto.

-Te tengo agarrado, Señor Depósito, y no puedes desprenderte de mí -dijo varias veces, mientras cavaba cada vez más profundamente.

Un metro veinte, un metro cincuenta, un metro ochenta, y seguía cavando. El trabajo se hacía más duro. Su pico rascó una roca quebrada. La examinó.

-Cuarzo podrido -fue su conclusión, mientras limpiaba con la pala el fondo del hoyo de tierra suelta. Atacó con el pico el cuarzo que se desmoronaba, y con cada golpe partía la roca desintegrada.

Hundió la pala en la masa floja. Su mirada percibió un resplandor amarillo. Dejó caer la pala y se acuclilló de repente. Como un granjero frota la tierra para sacarla de las papas recién excavadas, así el hombre frotó la tierra, con un trozo de cuarzo en ambas manos.

-¡Bendito Sardanópolis! -exclamó-. ¡Trozos y terrones enteros! ¡Trozos y terrones enteros!

Lo que tenía en la mano era sólo media roca. La otra mitad era oro virgen. La dejó caer en el cedazo y examinó otro fragmento. Se veía muy poco oro, pero con los fuertes dedos desmigajó el cuarzo podrido, hasta que las dos manos quedaron llenas de un amarillo resplandeciente. Rascó la suciedad de fragmento tras fragmento, y los dejó caer en el cedazo. El hoyo era un tesoro. Hasta tal punto se había podrido el cuarzo, que había menos de él que de oro. De vez en cuando encontraba un pedazo sin nada de roca, un pedazo que era oro puro. Un trozo, donde el pico había abierto el corazón del oro, relucía como una puñada de joyas amarillas, y lo miró con la cabeza inclinada y lo hizo girar con lentitud para observar el rico juego de la luz sobre él.

-¡Que me vengan con las excavaciones con demasiado oro! -bufó el hombre con desprecio-. ¡Pero si este pozo las haría parecer una miseria! Este pozo es todo oro. ¡Y aquí y ahora bautizo a este cañadón el Cañadón Todo Oro, caramba!

Todavía acuclillado, siguió examinando los fragmentos y los dejó caer en el cedazo. De pronto le llegó la premonición del peligro. Le pareció que una sombra había caído sobre él. Pero no había tal sombra. El corazón le saltó a la garganta, y casi lo ahogó. Entonces la sangre se le enfrió poco a poco, y sintió el sudor frío de la camisa contra la piel.

No saltó ni miró en derredor. No se movió. Consideró la naturaleza de la premonición que había recibido, trató de ubicar la fuente de la misteriosa fuerza que lo había prevenido, se esforzó por intuir la imperiosa presencia de la cosa invisible que lo amenazaba. Existe una aureola de cosas hostiles que hacen manifiestas mensajeros demasiado refinados para que los sentidos los conozcan, y en ese momento sintió dicha aureola, pero no supo cómo la sentía. Era una sensación como cuando una nube oscurece el sol. Le pareció que entre él y la vida había cruzado algo oscuro y asfixiante y amenazador, una lobreguez, por decirlo así, que se tragaba la vida y presagiaba la muerte... su muerte.

Todas las fuerzas de su ser lo impulsaban a saltar y enfrentar el peligro invisible, pero su alma dominó el pánico, y siguió acuclillado, con un trozo de oro entre las manos. No se atrevió a mirar en torno, pero para entonces ya sabía que había algo detrás y encima de él. Fingió interesarse en el oro. Lo examinó con mirada crítica, lo dio vuelta una y otra vez, y le frotó la tierra que lo cubría. Y mientras tanto sabía que algo, a su espalda, miraba el oro por encima de su hombro.

Continuó fingiendo interés en el fragmento de oro que sostenía con la mano, escuchó con atención y oyó la respiración de la cosa que tenía tras de sí.

Sus ojos registraron el suelo, delante de él, en busca de un arma, pero sólo vieron el oro desarraigado, inútil para él ahora, en esa situación extrema. El hombre se dio cuenta del aprieto en que se hallaba. Se encontraba en un estrecho hoyo, de un poco más de dos metros de profundidad. Su cabeza no llegaba a la superficie del suelo. Estaba en una trampa.

Siguió sentado sobre los talones. Estaba muy frío y sereno; pero sus pensamientos, que analizaban todos los factores, sólo le mostraban su impotencia. Continuó frotando la tierra de los fragmentos de cuarzo y arrojando el oro al cedazo. No podía hacer otra cosa. Pero sabía que tarde o temprano tendría que erguirse y hacer frente al peligro que respiraba a

su espalda. Los minutos pasaban, y con el paso de cada uno sabía que en esa misma medida se acercaba el instante en que debería ponerse de pie, o bien -y la camisa mojada se le puso otra vez fría contra la carne, de sólo pensarlo-, o bien podía recibir la muerte inclinado sobre su tesoro.

Continuó acuclillado, frotando la tierra de su oro y pensando de qué manera podría incorporarse. Podía hacerlo de un envión y salir del agujero a fuerza de uñas, para hacer frente, en un pie de igualdad, a lo que lo amenazaba sobre el nivel de suelo. O podía erguirse con lentitud, con negligencia, y fingir que descubría por casualidad la cosa que respiraba detrás de él. Su instinto y todas las fibras combatientes del cuerpo se inclinaban a favor de la loca acometida hacia la superficie. Su intelecto, y la astucia de éste, tendían al encuentro lento y cauteloso con la cosa que lo amenazaba, y que no veía. Y mientras discutía consigo mismo, un ruido fuerte, estruendoso, estalló en su oído. En el mismo instante recibió un golpe anonadador en el lado izquierdo de la espalda, y desde el punto del impacto sintió la lanza de una llama a través de la carne. Saltó en el aire, pero a mitad de camino se le cayeron los pies. El cuerpo se le encogió como una hoja marchitada por un calor, repentino, y cayó, el pecho sobre el cedazo, las piernas enredadas y retorcidas debido a lo estrecho del espacio en el fondo del hoyo. Las piernas se le sacudieron, convulsivas, varias veces. El cuerpo se le estremeció como por efecto de una fiebre poderosa. Hubo una lenta expansión de los pulmones, acompañada por un profundo suspiro. Después el aire fue exhalado lenta, muy lentamente, y con la misma lentitud el cuerpo se le aplastó, inerte.

Arriba, revólver en mano, un hombre atisbaba por sobre el borde del hoyo. Contempló durante largo rato el cuerpo postrado e inmóvil. Al cabo de un tiempo el desconocido se sentó en el borde de la excavación, para poder verla, y depositó el revólver sobre la rodilla. Introdujo la mano en el bolsillo, sacó un trozo de papel castaño. En él dejó caer unas hebras de tabaco. La combinación se convirtió en un cigarrillo, pardo y chato, con los extremos vueltos hacia adentro. Ni una sola vez apartó la vista del cuerpo del fondo del hoyo. Encendió el cigarrillo e inhaló el humo con una acariciante absorción de aire. Fumó con lentitud. Una vez el cigarrillo se apagó, y lo encendió de nuevo. Y no dejó de estudiar el cuerpo que tenía más abajo.

Al final arrojó la colilla y se puso de pie. Se acercó al borde del agujero. Abarcándolo, con una mano en cada borde, y con el revólver aún en la derecha, descendió a fuerza de músculos. Cuando todavía tenía los pies a un metro del fondo, soltó las manos y se dejó caer.

En el instante en que los pies chocaban contra el fondo, vio que la mano del minero saltaba hacia arriba, y sus propias piernas sintieron un veloz apretón y tirón que lo derribaron. Dada la naturaleza del salto, llevaba la mano del revólver por encima de la cabeza. Con la misma velocidad con que el apretón le rodeó las piernas, bajó el revólver. Aún se hallaba en el aire, su caída estaba a punto de completarse, cuando oprimió el disparador. El estampido fue ensordecedor, en el espacio cerrado. El humo llenó el agujero, de modo que nada pudo ver. Chocó contra el fondo, de espaldas, y como un gato, el cuerpo del minero cayó sobre él. En el mismo instante en que éste lo cubría, el desconocido dobló el brazo derecho para hacer fuego; y en el mismo instante el minero, con un rápido movimiento del codo, le golpeó la muñeca. La boca del arma se lanzó hacia arriba y la bala se hundió, con un ruido sordo, en la tierra del costado del hoyo.

Al instante siguiente el desconocido sintió el apretón de la mano del minero en la muñeca. Ahora la lucha era por el revólver. Cada uno se esforzaba, por turno, por volverlo contra el cuerpo del otro. El humo se disipaba. El desconocido, de espaldas, empezaba a ver con vaguedad. Pero de pronto lo cegó un puñado de tierra arrojado deliberadamente a sus ojos por su contrincante. En ese instante de sacudida, aflojó el apretón del revólver. Al momento siguiente sintió que una oscuridad aplastante descendía sobre su cerebro, y en medio de la oscuridad, inclusive cesó la oscuridad.

Pero el minero disparó una y otra vez hasta vaciar el arma. Luego la arrojó a un lado, y respirando con pesadez, se sentó sobre las piernas del muerto. El minero sollozaba y jadeaba.

-¡Zorrino asqueroso! -jadeó-. ¡Acampa en mis huellas y me deja hacer el trabajo, y después me dispara por la espalda!

Casi lloraba de ira y agotamiento. Escudriñó el rostro del muerto. Estaba salpicado de tierra suelta y cascajo, y resultaba difícil distinguir las facciones.

-Jamás lo vi -declaró el minero al terminar su inspección-. Un ladrón vulgar y corriente, ¡maldito sea! ¡Y me disparó por la espalda! ¡Me disparó por la espalda!

Se abrió la camisa y se palpó, por delante y por detrás, del lado izquierdo.

-¡Pasó de lado a lado, sin lastimar nada! -exclamó, jubiloso-. Apuesto a que apuntó muy muy bien, sin duda. Pero levantó el arma cuando oprimió el disparador... ¡el perro! ¡Pero le arreglé las cuentas! ¡Oh, se las arreglé!

Los dedos investigaban el agujero de bala del costado, y una sombra de pena le cruzó el rostro. -Va a doler más que el infierno -dijo-. Y debo curarlo y salir de aquí.

Se arrastró fuera del hoyo y bajó la colina, hasta su campamento. Media hora más tarde regresaba, tirando de su caballo de carga. Su camisa abierta dejaba ver los toscos vendajes con que había cubierto la herida. Era lento y torpe con su mano izquierda, pero ello no le impedía usar el brazo.

La cuerda del fardo, bajo los hombros del individuo, le permitió sacar el cadáver de la excavación. Luego se dedicó a recoger su oro. Trabajó sin descanso durante varias horas; a menudo se detenía para descansar el hombro que se le ponía rígido, y para exclamar

-¡Me disparó por la espalda, el zorrino asqueroso! ¡Me disparó por la espalda!

Cuando su tesoro quedó limpio y envuelto con seguridad en varios paquetes cubiertos por mantas hizo un cálculo de su valor.

-Ciento ochenta kilos, o soy un hotentote -afirmó-. Digamos noventa de cuarzo y tierra. .. quedan noventa kilos de oro. ¡Bill! ¡Despierta! ¡Noventa kilos de oro! ¡Cuarenta mil dólares! ¡Y es tuyo... todo tuyo!

Se rascó la cabeza con deleite, y los dedos rozaron una estría desconocida. La palparon a lo largo de varios centímetros. Era una herida del cuero cabelludo, trazada por la segunda bala.

Se acercó, airado, al muerto.

-Querías matarme, ¿eh? -bravuconeó-. Querías, ¿eh? Bueno, te arreglé las cuentas, y además te daré un entierro decente. Eso es más de lo que hiciste por mí.

Arrastró el cadáver hasta el borde del hoyo y lo derrumbó en él. Golpeó contra el fondo con un ruido apagado, de costado, el rostro vuelto hacia la luz. El minero lo observó.

-¡Y tú me disparaste por la espalda! -acusó. Llenó el agujero con el pico y la pala. Luego cargó el oro en el caballo. Era una carga demasiado grande para el animal, y cuando regresó a su campamento trasladó parte de ella a su caballo de silla. Aun así, se vio obligado a abandonar una parte de su equipo: pico y pala, y cedazo, alimentos sobrantes y utensilios para cocinar, y varios otros artículos.

El sol se encontraba en el cenit cuando el hombre impulsó a los caballos a través de las enredaderas y trepadoras. Para trepar por los enormes peñascos, los animales se vieron obligados a levantarse de manos y acometer, ciegos, a través de la enmarañada masa de vegetación. En una oportunidad el caballo de montar cayó pesadamente, y el hombre lo descargó para ayudarlo a ponerse de pie. Después que se puso de nuevo en marcha, el hombre asomó la cabeza por entre las hojas y contempló la ladera.

-¡El zorrino asqueroso! -dijo, y desapareció. Hubo un tronchar y cortar de enredaderas y ramas. Los árboles se agitaron, señalando el paso de los animales entre ellos.

Se escuchó un ruido de cascos herrados sobre las piedras, y de vez en cuando un juramento o una aguda orden. En seguida la voz del hombre se elevó en una canción

Vuélvete y vuelve el rostro,
sal de las dulces colinas de gracia.
(¡Reniega de los poderes del pecado!)
Mira en torno y en derredor,
deja en el suelo tus pecados.
(¡Por la mañana hallarás al Señor!)

La canción se hizo cada vez más débil, y a través del silencio se escurrió otra vez el espíritu del lugar. El arroyo volvió a dormitar y susurrar; el zumbido de las abejas montañesas se elevó, adormilado. En el aire perfumado aleteaban los níveos copos de los chopos de Virginia. Las mariposas entraban y salían flotando por entre los árboles, y el sol, tranquilo, llameaba sobre todas las cosas. Sólo quedaban las marcas de los cascos y la ladera lacerada para indicar las turbulentas huellas de la vida que habían quebrado la paz del lugar y seguido de largo.